

Comentario al texto de “*La Misa sobre el Mundo*” de Pierre Teilhard de Chardin.

LEANDRO SEQUEIROS. Vicepresidente de la Asociación de Amigos de Teilhard de Chardin (Sección española de la Red Mundial de Amigos de Teilhard)

Era el día 6 de agosto, fiesta de la Transfiguración del Señor, de la que era muy devoto Teilhard. En un arrebató místico, el jesuita Pierre Teilhard de Chardin, de 42 años, doctor en Ciencias Naturales, filósofo, místico y poeta, científico y pensador, redacta este precioso texto.



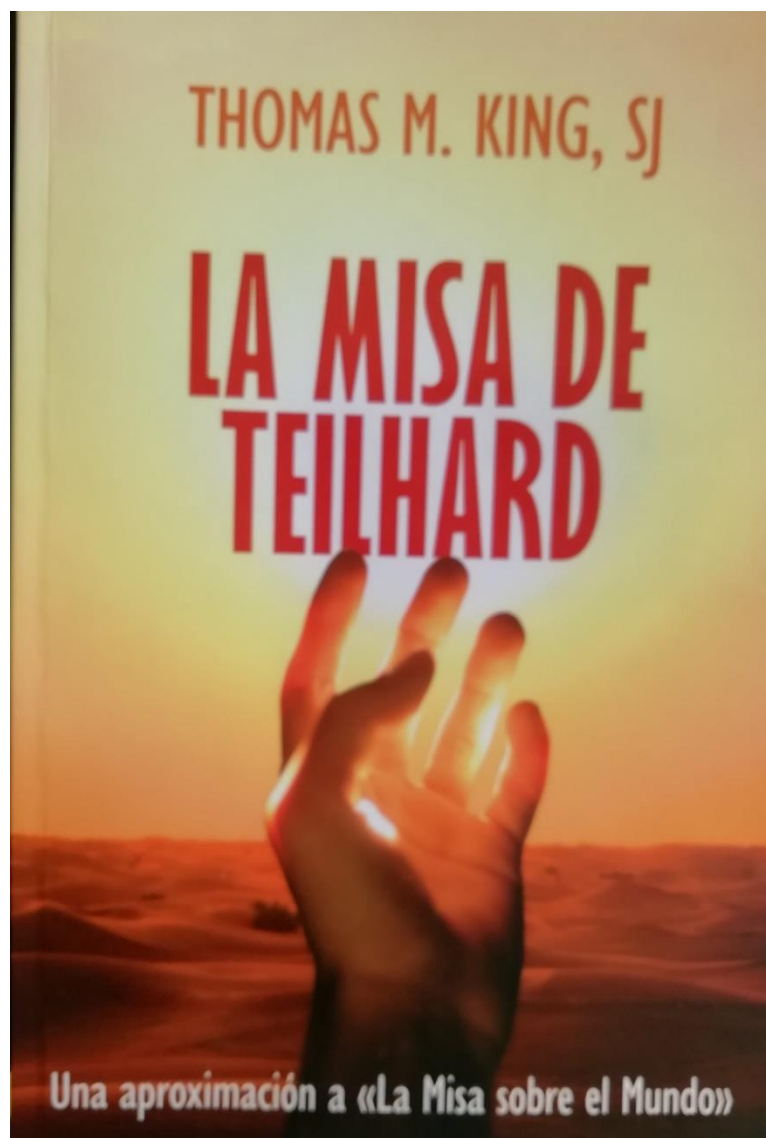
Hace cien años, el jesuita paleontólogo y místico Pierre Teilhard de Chardin, recién llegado desde Francia a China, acompañó al padre Èmile Licent a una expedición geológica a Mongolia.

Uno de esos días de duro trabajo era 6 de agosto, el día de la Transfiguración, festividad muy “teilhardiana”. No tenían pan ni vino para la Eucaristía y entonces Teilhard declama en voz alta “La Misa sobre el Mundo” que había escrito para ese día. Este texto era una adaptación de “El

Sacerdote”, escrito por Teilhard en el año 1918 y que declamaba cuando fue camillero en la primera Guerra Mundial y no podía celebrar la misa. Se trata, sin duda, de dos textos semejantes y bellísimos.

Con ocasión de la redacción del texto de “La Misa sobre el Mundo”, firmada en el mismo desierto de Ordos por Teilhard, se acaba de publicar la edición castellana de un comentario que es clásico:

Thomas M. King, SJ. *La Misa de Teilhard. Una aproximación a «La Misa sobre el Mundo»*. Sal Terrae, Cantabria, 2022, Colección: El Pozo de Siquén – 451, 231 pág. Traducción: Beatriz Muñoz Estrada-Maurin. Revisión y edición de Leandro Sequeiros. ISBN: 978-84-293-3068-7



La memoria del centenario de la composición de esta obra espiritual, mística y poética, desde la Asociación de Amigos de Pierre Teilhard de Chardin surgió la iniciativa de traducir y publicar dentro del Grupo Editorial Loyola este libro del jesuita padre Thomas M. King, *La Misa de Teilhard. Aproximación a La Misa sobre el Mundo*.

Este ensayo del padre King, escrito también con pasión, sitúa en un escenario adecuado el pensamiento de Teilhard sobre el sacerdocio (téngase en cuenta que el ensayo teilhardiano “El Sacerdote” se redacta en el frente de batalla en 1918). El sacerdocio y la Eucaristía atraviesan en gran parte la espiritualidad de Teilhard y se suele considerar a “La Misa sobre el Mundo” como una reelaboración de “El Sacerdote” redactada en condiciones extremas.

El jesuita Thomas M. King, fue un defensor de Teilhard

Pero en esta presentación es imprescindible decir algo sobre su autor, el padre jesuita Thomas Mulvihill King que había nacido el 9 de mayo de 1929 en Pittsburg (Pensilvania), y falleció de súbito infarto de corazón el 23 de junio de 2009 en Washington, DC., con 80 años de edad.

Thomas M. King fue durante gran parte de su vida profesor de teología en la prestigiosa Universidad jesuita de Georgetown (Washington), la universidad católica más antigua de EEUU (fundada en 1789).

King ingresó a la Compañía de Jesús en 1951 después de completar sus estudios universitarios en inglés en la Universidad de Pittsburgh. Ya como jesuita, llevó a cabo más estudios en la Universidad de Fordham y fue ordenado un católico sacerdote en 1964.

Después de completar un doctorado en Teología en la Universidad de Estrasburgo en 1968, King comenzó a enseñar en Georgetown. Firme Defensor de las ideas de Teilhard (en una época en que era puesto en entredicho), fue Miembro de la *American Teilhard Association*, y publicó varios libros sobre Pierre Teilhard de Chardin, entre ellos *Mysticism of Knowing de Teilhard* (1981), *Teilhard and the Unity of Knowledge* (1983), *Teilhard de Chardin* (1988), *The Letters of Teilhard de*

Chardin and Lucile Swan (1993) y *Teilhard's Mass* (2005) que aquí presentamos.

Sus otras obras incluyen entre otros títulos los siguientes: *Sartre and the Sacred* (1974), *Enchantments: Religion and the Power of the Word* (1989), *Merton: Mystic at the Center of America* (1992) and *Jung's Four and Some Philosophers* (1999). También escribió la introducción para una nueva traducción de 2004 de Sion Cowell de *The Divine Milieu* de Teilhard.

El comentario de Thomas M. Kung a “La Misa sobre el Mundo”

Cada capítulo de este libro, *La Misa de Teilhard. Una aproximación a “La Misa sobre el Mundo”*, tiene una naturaleza diferente: el primero será biográfico, el segundo tratará de la manera en que Teilhard comprendía el método científico, el tercero será científico, el cuarto será un poco más complejo, pues intentará proveernos de una visión general de la filosofía de Teilhard como contexto necesario para comprender su oración, el quinto va a centrarse en algunos fragmentos de «La Misa» de Teilhard, el sexto considerará la adoración y el séptimo su obra apostólica.

La Misa sobre el Mundo de Pierre Teilhard de Chardin es un texto clásico para conocer el pensamiento del jesuita francés. Se ha escrito mucho sobre cómo se gestó este texto. Sin embargo, el texto no es del todo improvisado.

Teilhard había redactado una primera versión de *La Misa sobre el Mundo*, titulada *Le Prêtre*, en julio de 1918, en el bosque de Laigue (publicada en *Escritos del tiempo de la Guerra*, tomo XII de las Obras, p. 313 ss).

Cómo se gestó el texto de “La Misa sobre el Mundo”

Pero existen versiones primitivas del texto, especialmente el ensayo titulado «El sacerdote» que escribió en 1918 mientras servía como camillero del ejército francés durante la Primera guerra mundial. En esa época, como le ocurrirá más tarde con «La Misa», se había visto forzado a ofrecer una Misa espiritual no teniendo nada más que ofrecer: «Ya que hoy no tengo, Señor, yo que soy vuestro Sacerdote, ni pan, ni vino, ni altar, voy a extender mis manos sobre la totalidad del Universo, y tomar su inmensidad como materia

de mi sacrificio...».[«El sacerdote» (1918), En: *La gran Mónada. Escritos del tiempo de la guerra, 1918-1919*. Trotta, Madrid, 2018, pág. 81].

Teilhard reflexionó en *La Misa sobre el Mundo* sobre la irradiación de la *Presencia eucarística* en el Universo. Ciertamente que no confundía esa Presencia, fruto de la transustanciación propiamente dicha, con la Presencia universal del Verbo. Su fe en el misterio de la Eucaristía no era solo ardiente: era tan precisa como firme.

Teilhard concluyó el texto manuscrito de «La Misa sobre el Mundo» con las palabras «Ordos, 1923». Con ello, daba a entender que la había escrito en el desierto de Ordos durante su primera expedición en China.

Durante los años de camillero durante la primera Guerra Mundial, escribió numerosos textos espirituales y místicos. Pese a que ninguno de los textos de esta época se refiere específicamente a la Misa, Teilhard redactó cada uno de ellos con un profundo sentido de su propio sacerdocio sacramental.

En «La Misa sobre el Mundo», habla de una «extensión del sentido» de la Eucaristía. Más tarde desarrollará lo que podríamos llamar una «extensión del sentido del sacerdocio» al afirmar que cada «cristiano [tiene] una vocación santa, sacerdotal» [«Nota para servir a la evangelización de los nuevos tiempos» En: *La gran Mónada*. (ya citada), páginas 151-165].

El sentido del sacerdocio en Teilhard

En otros pasajes se ve claramente cómo Teilhard dilata el sentido del sacerdocio: «El Mundo, la Vida (nuestro Mundo, nuestra Vida) están, sí, en nuestras manos, en las de todos, como una hostia, dispuestos a llenarse de influencia divina» [*El Medio divino*].

Lo que Teilhard veía es que estamos todos inmersos en una gran Misa, una Misa que no es sino nuestra vida y nuestra muerte. Es decir, con nuestra oración ofrecemos nuestro mundo a Dios; Él recibe nuestra ofrenda haciendo de ella su propio cuerpo y su sangre, y con esas palabras la consagra. Así entiende Teilhard la oración cristiana. Tras haber experimentado esta oración, nuestra vida activa se convierte en un acto de comunión extendido, una comunión que en última instancia integra nuestra muerte.

Mas esa fe en el misterio eucarístico era justamente lo bastante fuerte y lo bastante realista como para permitirle descubrir las consecuencias o, como él decía, las prolongaciones y las extensiones de esa fe. En un tiempo en el que el individualismo enmascaraba aún de ordinario sobre este punto la enseñanza total de la tradición católica, escribía (era el mismo año en que redactó *La Misa sobre el Mundo*):

“Cuando Cristo desciende sacramentalmente a cada uno de sus fieles, no lo hace sólo para conversar con él (...), cuando dice, por mediación del sacerdote: *Hoc est enim Corpus meum*, estas palabras desbordan el trozo de pan sobre el que se pronuncian: hacen que nazca el Cuerpo místico entero. Más allá de la Hostia transustanciada, la operación sacerdotal se extiende al Cosmos mismo (...). La Materia entera experimenta lenta e irremediabilmente, la gran Consagración” [...]

Ya en 1918 escribe en “El Sacerdote” algo parecido.

Es la Consagración del Cosmos entero. Teilhard “se muestra aquí preocupado sobre todo por conferir a su Misa cotidiana una función cósmica y dimensiones planetarias (...). Por supuesto que todo esto, en su pensamiento, viene a incorporarse al sentido teológico más ortodoxo de la Sagrada Eucaristía” (Nicolás Corte, “La vie et l’âme de Teilhard de Chardin”, Fayard, París, 1957, p. 61)

La introducción de Thomas M. King al comentario de “La Misa sobre el Mundo”

En la *introducción* que redactó Thomas M. King para este volumen, escribe: Comentando el significado cósmico de la Misa, Teilhard habla de las «Extensiones de la Eucaristía». Es decir, la Hostia de pan «se va envolviendo cada vez más íntimamente en otra Hostia infinitamente más grande, que no es nada menos que el Universo entero (...).

Así, cuando pronunciamos la fórmula: “Hoc est Corpus meum”, “hoc” se está refiriendo “primario” al pan. Pero, “secundario”, en un segundo tiempo de la naturaleza, la materia del sacramento es el Mundo mismo, en el que se expande, para perfeccionarlo, la presencia sobrehumana del Cristo universal. El Mundo es la Hostia definitiva y real en la que Cristo desciende poco a poco hasta la consumación de los tiempos».

La traducción de este interesante ensayo interdisciplinar sobre *La Misa sobre el Mundo* ayuda a entender mejor el pensamiento teilhardiano y su espiritualidad. En el capítulo 5 del libro se ofrecen algunos comentarios a textos de Teilhard. Un esbozo de la filosofía, de la teología y de la espiritualidad de Teilhard.

En sus dos ensayos sobre la Misa —«El sacerdote» y «La Misa sobre el Mundo»— Teilhard solo va a tomar en consideración la parte sacramental, es decir, comenzará con el ofertorio y omitirá la Liturgia de la Palabra. Hacia el final de su vida, en las notas que redactaba durante sus retiros, hará breves alusiones a su deseo de escribir un ensayo en el que incluiría la Liturgia de la Palabra. Sin embargo, nunca llegará a escribirlo.

«Te ofreceré (...) el trabajo y la pena del mundo».

En cada Misa, se hace una ofrenda doble: el pan y el vino. Sin pan ni vino, Teilhard va a ofrecer el trabajo (pan) y la pena (vino) del mundo. Más adelante, el pan será la cosecha del esfuerzo renovado de cada día, y el vino, la savia de los frutos molidos de la Tierra; ambos serán también las esperanzas y las miserias de la Tierra. La cosecha es el crecimiento del mundo; la savia, su disminución. El pan contiene todo lo que está a punto de «germinar, crecer, florecer y madurar en este día», mientras que el vino es «toda muerte que se prepara a roer, a ajar, a cortar».

Teilhard lo explica en una de sus cartas: «La verdadera sustancia que cada día debe ser consagrada es el desarrollo del mundo durante ese día; el pan simboliza de manera apropiada todo lo que la creación logra producir, el vino (la sangre) todo lo que la creación pierde, en su labor, de agotamiento y sufrimiento» [*Cartas de Viaje*].

Ambos elementos representan el crecimiento y la disminución de los que tanto habló Teilhard, y corresponden a los dos procesos fundamentales que ocurren, cada día, en el universo: evolución y entropía.

La evolución es la edificación de una estructura y la entropía es su desintegración. Los científicos afirman que la entropía del universo aumenta cada día, y que cuando hayan pasado billones de años, las estructuras estarán tan desmoronadas que toda vida cesará y el universo alcanzará su «muerte térmica».

Sin embargo, en «La Misa sobre el Mundo» de Teilhard, Dios va a encarnarse *tanto* en el crecimiento del mundo (cuerpo) *como* en sus disminuciones (sangre). A través de ambos, Dios conducirá a la Tierra más allá de sus disminuciones hasta la vida eterna. Teilhard suele hablar de Dios presente en el «Devenir» o en los «Desarrollos»; ambos términos sugieren un proceso. Fundamentalmente, hay dos procesos: progreso y accidente. El pan y el vino ofrecidos corresponden a estos dos elementos.

Cada día, en «La Misa» de Teilhard, se ofrecen y consagran a Dios dos movimientos fundamentales identificados por la ciencia contemporánea: la evolución como movimiento del orden, y la entropía como movimiento del caos.

En algunas antiguas liturgias podemos encontrar similitudes con la ofrenda y la consagración del *pan*; en ellas se consideraba a Dios como Aquel que pone orden en el caos. Los exégetas encuentran ecos de este tema en los salmos que hablan de la entronización de Dios: «El Señor es rey: Él afianzó el mundo, y no vacilará» (Sal 96,10).

El mundo se ordena cuando se establece el dominio de Dios. Probablemente, esto es lo que querían simbolizar los signos cósmicos que ornamentaban las vestiduras del sumo sacerdote judío, a imitación de los babilonios. Este pueblo creía que Marduk (el orden) había salido victorioso de su combate con Tiamat (el caos), para que «el mundo quede afianzado».

Por ello, en el Antiguo Testamento, el libro del Génesis narra la creación como el instante en que Dios da orden y forma al caos («Al principio (...) la Tierra era un caos informe»). De manera similar, Teilhard consideraba que Dios sigue ordenando el mundo, cada vez más intensamente, a medida que avanza la evolución; y de esto precisamente trata «La Misa sobre el Mundo».

En ella, Teilhard ve la evolución como movimiento del orden, un proceso mediante el cual Cristo va dando forma a su cuerpo. Como consecuencia, Teilhard no considerará que Dios «ha creado el mundo», sino que «aún sigue creándolo». Lo que le distingue de las antiguas liturgias es que Teilhard considera que el movimiento hacia el caos, la muerte y la entropía (¿a imagen del Tiamat de Babilonia, quizá?) también debe ser consagrado como sangre de Cristo. Así, las tragedias de la guerra y sus

continuas frustraciones personales eran consagradas, cada día, y formaban parte de su comunión con la sangre de Cristo. Lo que afirmaba era que el movimiento hacia la disminución es también obra de Dios, de otro tipo. Podría ser quizá como esa «mano izquierda de Dios» con la que una tradición cristiana —más popular que erudita— ha gustado identificar los aspectos negativos de la acción divina.

«Mi cáliz y mi patena son las profundidades de un alma abierta de par en par a todas las fuerzas».

El cáliz y la patena son las profundidades *de un alma* —un alma individual; he aquí una frase que parece reflejar el individualismo de Teilhard. Y sin embargo, las cosas no son tan sencillas: en ese alma también están contenidos los demás como elementos a la espera de ser consagrados.

Muchos amigos de Teilhard compartían con él sus esperanzas y las cargas de sus vidas; todas ellas se introducían en las profundidades de su alma y, allí, permanecían activas. Gran parte de las personas que hemos conocido siguen siendo importantes para nosotros y continúan viviendo en nuestro interior («En nuestro espíritu, hemos realizado el Mundo»). [«Nota sobre el Progreso» (1920), En: *El Porvenir del Hombre*, 21-35].

Podríamos afirmar que Teilhard se considera a sí mismo como la patena que contiene el crecimiento y las esperanzas de los demás, y el cáliz que contiene sus disminuciones y su dolor. En la ofrenda, su presencia en el interior de su ser se vuelve más palpable todavía: Teilhard se rememora, «uno a uno», a todos aquellos que han formado parte de su vida, de una manera o de otra. En primer lugar, recuerda a su familia y, después, a esas otras familias más amplias que han ido creciendo a su alrededor, sus amigos, sus compañeros, todos aquellos con quienes comparte «las afinidades del corazón, de la investigación científica y del pensamiento». Todas estas personas forman su mundo. Al recordarlos, cobran vida en su interior: sus esperanzas viven en su patena, y su dolor en su cáliz. El cáliz y la patena son su alma. Y nuestros cálices y patenas contienen, también, elementos similares.

Cuando nos disponemos a adentrarnos en la Misa, algunos escritores espirituales nos invitan a dejar de lado todas nuestras preocupaciones

humanas; con ello pretenden ayudarnos a centrarnos en Dios. Otros escritores proponen prácticas ascéticas para que logremos centrarnos aún más en Dios y volvernos, de este modo, indiferentes a todas las cosas.

Teilhard rechazaba todas estas concepciones: lo que él hace es invitarnos a *recordar explícitamente* las preocupaciones de las personas que queremos, a recordarlas con más intensidad si cabe. Las esperanzas y las miserias de la Tierra serán la sustancia que Teilhard va a presentar ante Dios. Su presencia agitada en el interior de su ser será el contenido de su oración. Pero más allá de su familia y de sus amigos, también está presente en su interior una masa indefinida de otros, esos otros de los que apenas tiene conciencia; algunos serán como una amenaza y el hecho de recordarlos, fuente de desasosiego:

«Evoco a aquellos cuya multitud anónima constituye la masa innumerable de los vivientes (...). Quiero que en este momento mi ser resuene acorde con (...) esa multitud agitada (...) ese Océano humano cuyas lentas y monótonas oscilaciones introducen la turbación en los corazones más creyentes».
